

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: La Palabra de Dios – fuente de vida abundante -
Meditaciones acerca del Sal. 119:49-64 (parte 4)
(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**La Palabra de Dios – fuente de vida abundante -
Meditaciones acerca del Sal. 119:49-64 (parte 4)
(14 días)**

Día 1

Sal. 119:49-56; Dt. 28:1-10

En este párrafo el salmista repite la importancia de la Palabra de Dios en su vida personal. Charles H. Spurgeon, el famoso expositor de los salmos, describe su experiencia con el Salmo 119 como sigue: “Pareciera que estoy a la orilla de un océano y una ola tras otra me acosan.”

Dietrich Bonhoeffer resume su experiencia en un pequeño libro, “el libro de las oraciones de la Biblia”, por lo siguiente: “Aquí nos ayuda un avanzar lento, tranquilo y paciente, de palabra a palabra, de frase a frase. De esta manera reconocemos en las repeticiones una y otra vez nuevas expresiones de la misma cuestión, del amor a la Palabra de Dios. Como este amor no se puede terminar, así tampoco las palabras que lo testifican. Nos quieren acompañar a través de toda la vida, y en su sencillez llegan a ser la oración del niño, del hombre adulto y del anciano.”

En la creciente inseguridad de nuestro mundo necesitamos un apoyo firme, una orientación clara por medio de la Palabra de Dios. Este es el compás confiable en medio de confusas opiniones que, muchas veces van en contra del mensaje bíblico, se toleran y se valoran de la misma manera. El resultado es muchas veces, y aun entre los creyentes un peligroso descuido frente a la verdad.

En la controversia que inquieta al salmista, entonces ora: “Acuérdate de la palabra dada a tu siervo, en la cual me has hecho esperar.” ¿Acaso habrá pensado en las palabras de Deuteronomio? Si el salmista era sacerdote o levita, lo que podría ser, entonces sabía muy bien cuál era el contenido de este libro. Contiene los discursos de despedida de Moisés en los que explica a la nueva generación del pueblo de Israel las palabras de Dios y Sus planes. Los preparó para la conquista de Canaán, después de los cuarenta años por el desierto, y les dio orientación para el futuro incierto. (Lea Dt. 11:8-17.)

Día 2

Sal. 119:49-56; Dt. 2:7

El salmista se aferra a la palabra que Dios le había dicho. Esto le da esperanza en su situación. Las palabras de Dios son portadores de esperanza; son el oxígeno para nuestra vida con Jesús en las situaciones diarias.

Una mujer comentaba cómo temía por su hijo gravemente enfermo. No se podía evitar una operación, a pesar del estado peligrosísimo. Su corazón se “contraía” pensando en la situación. Ella se sentía impotente de hacer algo, parecía como estar paralizada, así llegaron al día de la operación. En todo esto ella se aferraba a la esperanza que le brindaba la Palabra de Dios. En todas partes de su casa donde ella se movía había puesto una tarjeta con el texto: “Para Dios no hay nada imposible” (Lc. 1:37). Ella testifica cuánto consuelo significaban estas pocas palabras entre sus temores y esperanzas.

El salmista recuerda a Dios Sus promesas, y al mismo tiempo pide mantener despierta la esperanza en Su Palabra. Esto nos muestra como el orador actúa en las situaciones extremas de su vida.

¿Recuerda usted las palabras de Dios que le tocaban profundamente en su corazón, que le daban amparo o le señalaban el camino?

El escritor Hans Steinacker afirma: “Dios ha sido fiel en toda mi vida. Él cumplió la promesa que recibí en el día de mi confirmación según Is. 43:1: ‘No temas, porque yo te redimí; te puse nombre,

mío eres tú.' Esto me hace estar agradecido y a la vez humilde. Humilde, porque Él me guió, pues no era el esfuerzo de mi voluntad quedarme junto a Él. Solo Su fidelidad me mantuvo y me cuidó. Y esto, porque Él me había escogido." (Lea Is. 54:10; 41:10.13; Sal. 23:1; Ro. 8:1.)

Día 3

Sal. 119:49-52.92

Las condiciones para una vida cómoda y confortable, en la que muchos anhelos se cumplen según nuestras imaginaciones, para el salmista no existen. Todo lo contrario: miseria, aflicción, cargas, burlas y blasfemias fueron sus acompañantes diarios. ¿Qué se hace en tal situación?

El profeta Jeremías también pertenece a aquellos que más de una vez se deprimieron. Su tarea era muy destructiva. Peleas y calumnias, rechazo y amenazas de muerte le rodearon por todos lados. Todo parecía sin salida.

Muchos años antes Asaf cuestionaba lo mismo: "¿Por qué es prosperado el camino de los impíos, y tienen bien todos los que se portan deslealmente?" (Jer. 12:1; comp. Sal. 73:3-5).

Jeremías una y otra vez derrama su queja ante Dios: "Tú lo sabes, oh Jehová; acuérdate de mí y visítame, y véngame de mis enemigos ... Sabes que por amor de ti sufro afrenta" (Jer. 15:15). Mientras aun derrama su acongojado corazón ante Dios llega a la conclusión: "Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos" (Jer. 15:16). Sin embargo la escena se repite. Jeremías es atacado y se desespera. Mas Dios se pone a su lado con Sus palabras reconfortantes: Jer. 15:17-21.

En el año 1932 D. Bonhoeffer testimonia: "Desde que aprendí a confiar en la Palabra de Dios, como realmente Dios nos habla, Él que nos ama y no nos deja solos con nuestros cuestionamientos, la Biblia me trae gozo. Cada día me parece más preciosa. La leo en la mañana y en la noche, muchas veces también durante el día. Yo sé que ya no puedo vivir sin la Palabra de Dios."

Día 4

Sal. 119:49-52; 115:12

El salmista recuerda a Dios: "Acuérdate de la palabra dada a tu siervo." Dios no se olvida de Sus promesas que nos ha dado. Él piensa en cosas buenas, aunque quizás por el momento no lo podemos reconocer (comp. Ro. 8:28). Él está con nosotros en la aflicción. Él piensa con agrado en nosotros, se inclina a nosotros con bondad y amor.

Después del diluvio, el cual las aguas habían sobrepasado y tapado a toda la tierra, el arca con los que se salvaron se movía sobre las aguas, ahí leemos: "Se acordó Dios de Noé" (Gn. 8:1).

Aunque en aquel tiempo la gente le había dado la espalda a Dios conscientemente, y se entregó a la incontrolable codicia sexual, y a toda la maldad, Dios no liquidó a la humanidad completamente. Él se acordó de Noé y su familia. No los entregó a la muerte, ni a los animales que se habían refugiados en el arca, sino les dio la posibilidad de sobrevivir. ¡Así es Dios, inmerecidamente bondadoso y misericordioso! A ese Señor, Noé había confiado en "tiempos muy malos", pues de él se dice: "Noé, varón justo, era perfecto en sus generaciones, con Dios caminó Noé" (Gn. 6:9).

Dios se acordó también de Abraham y salvó a Lot antes que destruyera a la impía ciudad de Sodoma (Gn. 19:29).

Él se acordó de Raquel y Ana que sufrieron por su esterilidad. El Señor escuchó su clamor y respondió sus ruegos (Gn. 30:22; 1.S. 1:19).

Uno que con justa razón esperaba su muerte en la cruz, pidió a Jesús en el último momento: “Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a tu reino.” Y Jesús le contestó: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc. 23:42.43).

Podemos ir hoy confiadamente con la certeza: ¡Mi Dios piensa en mí! (Lea Neh. 13:14; Sal. 106:4; 25:6.7.)

Día 5

Sal. 119:52-54; 78:1-4

Al recordar que Dios ya había dado Sus justos preceptos “desde tiempos antiguos”, el salmista se siente reconfortado. ¿Habrá estado mirando retrospectivamente a los testimonios que Dios le dio a Moisés? ¿Quizás se acordó que Moisés poco antes de su muerte, mandó a los levitas que llevaban el arca del pacto: “Tomad este libro de la ley y ponedlo al lado del arca del pacto de Jehová vuestro Dios, y esté allí por testigo contra ti.” (Comp. Dt. 31:24-27.)

Pero no se refiere solo a la recepción y al compartir la palabra divina a otros, sino: “Aplicad vuestro corazón a todas las palabras que yo os testifico hoy, para que las mandéis a vuestros hijos, a fin de que cuiden de cumplir todas las palabras de esta ley. Porque no os es cosa vana; es vuestra vida, y por medio de esta ley haréis prolongar vuestros días sobre la tierra adonde vais, pasando el Jordán, para tomar posesión de ella” (Dt. 32:46.47).

¿Qué se percibe entre nosotros, en nuestros matrimonios, familias e iglesias? ¿Nos ocupamos regularmente de la lectura de la Biblia? ¿Le damos lugar a temas bíblicos en sus contextos? ¿De qué manera ayudamos a otros cristianos para que conozcan mejor la Palabra de Dios, y para que no se conformen con la corta lectura de textos lemas de cada día? ¿Nos tratamos respetuosamente y con cuidado o predicamos solamente a los demás? ¿Contamos a nuestros hijos las historias bíblicas?

Además podemos buscar alternativas para poder ayudar activamente a que la buena y consoladora Palabra de Dios, que sirve de orientación, llegue a la gente. “No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hch. 4:20; lea Mt. 28:18-20; Jn. 17:18; 20:21).

Día 6

Sal. 119:52-54; 69:30

Al haber declarado el salmista la importancia que tiene la Palabra de Dios para él, expresa su tristeza por la apostasía de la gente. No es Dios, sino los hombres que actúan con maldad. Ellos destruyen la convivencia pacífica y descuidan las buenas ordenanzas de Dios. Calumnias, engaños, mentira, arrogancia y burla caracterizan su estilo de vida. (comp. Sal. 28:3; Pr. 12:5-7.)

El salmista siente profundo dolor que se manifiesta por el enojo teniendo esta realidad por delante: “La ira puede ser muy destructiva, pero junto con amor la ira produce dolor en el alma que puede conducir a constructivas acciones” (W. Wiersbe).

Además observamos del salmista lo siguiente: textos de la Palabra de Dios forman la base de sus oraciones. Él quiere utilizar el tiempo de su vida terrenal (“casa en donde fui extranjero”) para honrar al Señor con cánticos espirituales. Él se acuerda del maravilloso obrar de Dios con su pueblo, lo cual le motiva a la alabanza y agradecimiento. Muchas veces las canciones se mantienen mejor en nuestro interior que palabras; pues la música conmueve especialmente el alma. “Uno de los dones más preciosos dado a los hombres es la música. A Satanás no le agrada para nada, porque con ella se disipan malos pensamientos y pruebas. La música es uno de los dones artísticos más preciosos. Las notas hacen ‘vivir’ las palabras de los textos. La música ahuyenta el espíritu de la tristeza, lo cual se percibe en la vida del rey Saúl” (M. Lutero).

Las canciones de agradecimiento, alabanza y adoración nos recuerdan la inmensa fidelidad de Dios, Su bondad y misericordia, con la cual se nos acerca.

“No, no merecía otra cosa, sino ira, y ¿será posible que Dios quiera extenderme Su gracia? Dios me ha perdonado y me purifica por la sangre de Su Hijo. ¿Cuál es el motivo, por qué actúa así? Es misericordia pura, nada más” (P. F. Hiller). (Lea Sal. 40:2.3; 98:1; 144:9.10; 149:1.)

Día 7

Sal. 119:55.56; 63:5-8

El salmista se ocupa con Dios, incluso durante la noche, con Su nombre. Quizás no puede quietarse, no puede entrar en sueño. Entonces piensa en el Señor, en Yahveh. El nombre “Yahveh” no habla solo de Su existencia eterna, sino que el “Yo soy el que soy” está siempre a nuestro favor (Éx. 3:14). El nombre Yahveh contiene una promesa. Cuando Dios se reveló a Moisés con este nombre, su pueblo en Egipto estaba sufriendo bajo la más cruel esclavitud. En esa tremenda aflicción Dios dice Su promesa: Yo soy el “Yo soy el que soy”. Vosotros podéis respirar aliviados. Yo actuaré con misericordia con vosotros. Yo percibo vuestras quejas. Yo os mostraré un nuevo camino, os prepararé un nuevo territorio para vivir (Lea Éx. 3:7.8.)

En los salmos se habla más de cien veces del nombre del Señor que está a favor de sus hijos. Acerca de Él ellos pueden regocijarse y alabarlos, honrarlos por su confianza y amarlos. (Lea Sal. 5:12b; 7:17; 8:2; 9:10.)

La afirmación de Dios “Yo soy el que soy” o “Aquí estoy” no es solamente consuelo y promesa. También exige del hombre una decisión y le da responsabilidad. Pues siempre está tentado a buscar su amparo y su seguridad en otro lado, en vez de buscarlo en Dios. El profeta Isaías denuncia al pueblo de Dios: “... no miran al Santo de Israel, ni buscan a Jehová” (Is. 31:1b).

Pero Dios llama a su pueblo hacia Él, que vuelvan, los pone delante de una decisión porque los toma en serio. “El que lleva el nombre ‘Yo soy el que soy’ quiere que el hombre sea semejante a Él, que responda: ‘Aquí estoy’” (F. Sedlmeier).

Respondamos como muchos testigos de fe: “Señor, heme aquí, yo te seguiré. Estoy a tu disposición”. Así lo expresaron muchos hombres en el antiguo como también en el nuevo pacto. (Comp. Gn. 22:1.11; 31:11; 46:2; Éx. 3:4; 1.S. 3:4; Is. 6:8; parecido también Lc. 1:38; 5:5.)

Día 8

Sal. 119:56-64; 19:7.8

Los mandamientos de Dios valen para el salmista como guía e instrucción. Él los estima como un precioso tesoro y los declara que fueran su suerte. Para él es un privilegio poder orientarse por los preceptos de Dios y ajustarse a ellos en su estilo de vida. Cuando está delante de una encrucijada, pregunta por la voluntad de Dios, cuál camino debe elegir. Los mandamientos de Dios son la guía para sus decisiones. (Lea Sal. 119:9-11.27.29-32.)

Las palabras de David en el Sal. 86:11 señalan la misma dirección. Él ruega: “Enséñame, oh Jehová, tu camino; caminaré yo en tu verdad; afirma mi corazón para que tema tu nombre”. ¿Estimamos los mandamientos de Dios en Su Palabra como dirección para nuestra vida, o nos orientamos por aquello que pone nuestra sociedad como norma relevante? Muchas veces nos parece mejor adaptarnos a lo que piensan los demás en vez de preguntar: “¿Señor, cómo ves esto? ¿Cómo debemos decidir en esta situación?” ¿Realmente creemos que el Señor es el Dios vivo y verdadero? Una y otra vez estamos desafiados a qué lado nos ponemos: “Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él” (1.R. 18:21).

Las consecuencias lamentables de los propios caminos debemos soportar, y muchas veces

son muy pesados y penosos. Pero también dice: “Misericordioso y clemente es Jehová, lento para la ira, y grande en misericordia ... No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados. Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones. Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen” (Sal. 103:8-13).

Concluimos que la Palabra de Dios actúa ayudando, sanando y guiando.

Día 9

Sal. 119:57.58

En este párrafo del Sal. 119 se percibe que el salmista ha reconocido el incalculable valor de la Palabra de Dios, al decir: “Mi porción es Jehová; he dicho que guardaré tus palabras”. Otros traducen: “Señor, esa será mi herencia, que guarde tu palabra”.

No bienes materiales o seguridades están en primer lugar. Es mucho más la permanente comunión con el Señor y Su Palabra eterna. El orador sabe que la buena Palabra de Dios le ha ayudado mucho más que privilegios materiales o posesiones terrenales. Pues lo que hoy es muy importante, ya mañana puede haber perdido su valor. Por eso el salmista busca “de todo corazón” la “misericordia” de Dios, Su buena voluntad y amabilidad, Su cercanía, Su bondad y amor.

El orador sabe claramente que depende totalmente de la gracia de Dios, y le pide que sea propicio con él. Al mismo tiempo percibimos mucha confianza en esa súplica, pues él sabe que Dios prometió darnos Su gracia. ¿Acaso el Señor quebrantará Su promesa? ¡No, nunca! Prometido es prometido. Nunca Dios cambiará Su Palabra. No hay nada que tiene que aclararse o controlarse nuevamente o corregirse. Es una Palabra que vale eternamente. “Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos” (Sal. 119:89; comp. Sal. 111: 7b.8; Is. 40:8; Mt. 24:35; 1.P. 1:24.25).

Si no podemos confiar en nada, la Palabra de Dios es fiel en absoluto. En eso podemos confiar y contar con ella. Es una gran ayuda tener la Palabra del Señor en el corazón y guardarla allí (v. 57b). Nos dará fuerza para hacer lo que el Señor ha dicho. “Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas” (Dt. 30:14).

Día 10

Sal. 119:58-60; Lm. 3:40.41

Conscientemente el salmista está fijando su meta en Dios. Él busca a Dios, Su bondad y ayuda de todo corazón. Al mismo tiempo está considerando su manera de vivir. Él deja los caminos que no agradan a Dios y vuelve sus pasos a los preceptos de Dios. Lo que entendió que debe hacer no lo deja de lado, sino que en seguida quiere obedecer al Señor. La consideración acerca de ciertas etapas de nuestra vida exige tranquilidad y sincera consultación ante Dios, para saber como Él las ve.

A veces Dios pone Su Palabra ante nuestros ojos como un espejo que nos muestra las manchas de falta de amor, de la impaciencia, arrogancia y egocentrismo. ¿Cómo reaccionamos? ¿Miramos a otra dirección o aceptamos la verdad y le pedimos perdón por nuestra culpa? Cuánto más profunda haya llegado nuestra relación con Él, tanto más sensible reaccionaremos aun por pecados aparentemente pequeños.

Alguien podría considerar: “¿Acaso esa forma de vivir la fe no es bastante pesada y lleno de temor?” Debemos tener en cuenta que nuestra salvación no se basa en el hecho de que el cristiano haya reconocido cada pecado y se haya arrepentido de este. Es cierto que debemos confesar nuestros pecados delante de Dios, cuando nos damos cuenta que hayamos pecado en

pensamientos, palabras o hechos. Pero nuestra redención del poder del pecado es tan grande, que encierra nuestro pasado, presente y futuro.

En nuestra relación con Jesús lo más importante es cuánto Él nos ama. Su amor libera de temor y perfeccionismo de igual forma como de superficialidad, negligencia, dejadez y todo lo malo, sea “grande” o “pequeño”. Su amor incondicional me hará responder: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo” (Jn. 21:17; lea Is. 43:1; Ro.5:8; 8:34; Ef. 2:4.5; 1.Jn. 1:9 - 2:2; He. 9:14.)

Día 11

Sal. 119:59-61; Stg. 1:19-25

No solo el salmista y el apóstol Santiago hacen recordar que es bueno considerar el camino de la vida ante Dios. También el profeta Hageo amonesta al pueblo de Israel por mandato de Dios: “Meditad bien sobre vuestros caminos”. Es una instrucción muy seria e importante que Hageo repite varias veces en el transcurso de sus mensajes al pueblo. (Comp. Hag. 1:5.7; 2:15.18.)

¡Qué bueno, que Dios no se cansa de invitarnos una y otra vez a entrar en Su santa presencia y tomar en serio Sus preceptos! Él no se conforma con formas o hábitos piadosos, con deseos y decisiones de corazón. Las dos cosas deben estar unidas: oír y hacer.

Una mujer joven se tomó el tiempo de considerar las pasadas semanas y los meses pasados de su vida. Ella escribió respecto al perdón, las siguientes notas: “Si realmente es serio tu deseo de perdonar tanto a ti mismo como a otros, no perderás el tiempo de reconstruir conversaciones pasadas, dar explicaciones de tu posición, levantar acusaciones y contraacusaciones o repartir responsabilidades de quién dijo qué y cuándo. Las intenciones de hacer revivir tristezas pasadas, muchas veces aumentan la distancia entre las personas en vez de acercarlas.

Un gran obstáculo sería no soltar nuestro fracaso y no perdonar. Si nos aferramos a nuestra amargura, nuestra salud será envenenada y nos impide amar a las personas en el presente. Concéntrate en la relación y tu deseo de restaurarla. El resto encargárselo al Señor. El perdón se realiza cuando absuelves a los otros de tu propio juicio. Con eso no solo hacemos bien al otro, sino también a nosotros mismos”. (Lea Sal. 139:1-4.23.24.)

Día 12

Sal. 119:61

¿En qué habrá pensado concretamente el salmista, cuando se sentía rodeado de compañías de impíos? ¿Habrá sido mentiras que desparramaban acerca de él (comp. Sal. 119:69.78.86.87.110.118.150)? Las mentiras tienen su origen en Satanás, el enemigo de Dios y del hombre. Jesús, que es la verdad en persona, lo llama el “padre de la mentira” (Jn. 8:44). Satanás odia la verdad y a todos aquellos que han confiado su vida al Señor Jesucristo. El diablo puede entrar en la escena, con mucho espectáculo, malo y brutal, o elegante y religioso. Esa es la forma que el ama. (Comp. Gn. 3:1-5; Lc. 4:3.5-7.9-11; 2.Co. 11:14.)

Cualquier medio le viene bien con tal de lograr y mantener la desconfianza de la gente contra el Dios de verdad y amor. Su meta es la destrucción; él es el asesino de los hombres desde el principio. Los propósitos destructivos del enemigo apuntan sobre todo a producir enemistades en la iglesia de Jesucristo. Podemos pensar en envidia, celos, codicia, mentiras, murmuraciones, chismes, desconformidad, peleas y disensiones. ¿Cómo podemos vencer estas maldades?

“Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad. ... Y el Dios de paz estará con vosotros” (Fil. 4:8.9b). “Por tanto, ... despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por

delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe" (He. 12:1.2).

Estaremos expuestos a las astutas maquinaciones del diablo hasta que Jesús vuelva, pero no tenemos que ser derrotados, porque el Hijo de Dios vino para destruir las obras del diablo. (Lea 1.Jn. 3:8-16.)

Día 13

Sal. 119:62-64; 42:8

A medianoche me levanto para alabarte por tus justos juicios". No son las preocupaciones o temores por las exigencias del nuevo día, que despiertan al salmista. Él pertenece al grupo de aquellos "que en la ley de Jehová está su delicia y en su ley medita de día y de noche". A ellos se los compara con un árbol plantado junto al agua que lleva su fruto, y cuyas hojas no se marchitan en tiempo de sequía. (Comp. Sal. 1:2.3; Jer. 17:7.8.)

Esta comparación muestra el obrar de la Palabra de Dios en nuestra vida. Es verdad que tenemos que tener tiempo de descanso, sueño sano y profundo, para poder enfrentar el día fortalecido. Lo que el salmista declara aquí se refiere mas bien a su profunda relación con Dios. En sus pensamientos está ocupado en Él. Él es el compañero de sus conversaciones.

Cuando David estaba en el desierto expresaba su nostalgia por Dios con las siguientes palabras: "¡Con mis labios te alabaré y daré gritos de alegría! ¡Eso me dejará más satisfecho que la comida mas deliciosa! Me acuesto y me acuerdo de ti; durante toda la noche estás en mi pensamiento". (Comp. Sal. 63:1-8 traducción en lenguaje actual; Is. 26:9.)

¿Qué ocupa nuestros pensamientos al final del día? ¿El estrés de las horas pasadas? ¿Cuestiones sin solución? ¿La impotencia de trabajar, enfermedad y dolores, noticias conmovedoras? Con todo podemos ir a Dios y hablar con Él, podemos refugiarnos en Sus brazos.

Las siguientes preguntas nos pueden ayudar a tranquilizarnos, ordenar nuestros pensamientos y dirigirlos a Dios: ¿Qué me motiva a agradecer pensando en el día pasado? ¿Qué me dio alegría? ¿Hay personas que hoy me alentaron, me ayudaron o que me corrigieron? ¿Hay algo para aclarar o de qué debo limpiarme? ¿Qué experimenté con Jesús?

Día 14

Sal. 119:63.64; 1.Ts. 3:12.13

El salmista es un hombre que teme a Dios; porque sino no diría: "Compañero soy yo de todos los que te temen". Podemos suponer que él conocía lo que Dios pretendía de su pueblo. En Dt. 10:12 los siguientes conceptos significan lo mismo: "temer a Dios", "amarlo" y "servirle". El que teme a Dios es fiel a Él. Pero Israel había quebrantado el pacto con Dios. Ellos bailaban alrededor del becerro de oro y añoraban el "buen" tiempo en Egipto.

Sin embargo Dios no abandona a su pueblo. En Su gracia renueva el pacto y les vuelve a regalar los diez mandamientos. Respecto a tal bondad, misericordia y amor de Dios completamente inmerecida hay una sola respuesta: Nosotros tomamos a Dios en serio y deseamos hacer Su voluntad, la que Jesús resume con lo siguiente: "Amarás a Dios y a tu prójimo como a ti mismo". Nosotros debemos y podemos sencillamente amar a Dios "con todo corazón, con todo el alma y con todas las fuerzas y con toda la mente" (de Lc. 10:27).

Entonces acontece casi automáticamente que procuramos vivir de tal manera que Dios sea honrado. Pues el amante actúa voluntariamente y de todo corazón en forma tal como le agrade a aquel al que ama. Por eso el temeroso de Dios es "compañero" de aquellos que temen a Dios. El salmista valora la comunión con los creyentes. Él está en el camino con los que aman a Dios y le sirven. Aquí se pueden ayudar mutuamente. Aquí pueden orar uno por el otro, protegerse,

exhortarse, aconsejar y animar. De esta manera uno aprende a comunicar y compartir. Al mismo tiempo así se aprende a acercarse a personas que aún no tienen una relación personal con Jesús, para invitarlos a que lleguen a Él. (Lea Ro. 15:14; Ef. 5:19; Fil. 2:1-8; Col. 3:16.17; He. 13:16.)